

# Orden o desorden

---

**Manuel ESTEBAN LAMAS**  
mestebanharwood@gmail.com

*Extracto del ensayo “El desorden perfecto” del mismo autor*

## **I. LOS RETOS**

La historia del hombre es muy breve a nivel interplanetario, pero tremendamente larga, si la medimos con el patrón del esfuerzo que ha realizado para alcanzar el desarrollo que le permite vivir rodeado de comodidades y de relativa seguridad.

La existencia del ser inteligente se ha caracterizado por su permanente lucha por sobrevivir frente a los peligros que le asediaban, un pulso incesante con el desorden del hábitat, un derroche de creatividad encaminada a superar las dificultades constantes. Podemos estar orgullosos de que nuestra especie haya sido capaz de triunfar en tantos retos como su permanencia en la tierra le ha planteado.

## **II. EL DESORDEN NATURAL**

Nadie desea que los fenómenos naturales causen víctimas y destruyan los resultados de la tenaz labor del hombre. Si pudiéramos evitarlos lo haríamos, pero la capacidad de controlarlos está muy lejos de nosotros. Consecuentemente,

hemos de aceptar el hecho de que sufriremos alguno de estos detestables acontecimientos antes o después; no podemos intervenir cuando surgen, nuestro papel es pasivo, nos limitamos a soportar los efectos.

Son los desórdenes naturales que podríamos llamar puros. En este grupo se encuadran en primer término los desastres consecuencia de los agentes atmosféricos: el excesivo frío o calor, el viento, la lluvia, la nieve, el hielo. A ciertos niveles de intensidad, cualquiera de ellos puede tener un efecto devastador, como lo demuestran las tempestades, las tormentas, los rayos o los huracanes.

En segundo lugar las catástrofes provocadas por los movimientos de la corteza terrestre: terremotos, maremotos, volcanes, fallas, oscilaciones de las capas tectónicas.

Estos fenómenos se nos antojan como espontáneas y antojadizas demostraciones de poder de la naturaleza, exhibiciones de fuerza que dejan tras de sí un caótico rastro de destrucción y unos damnificados, cuya horrible experiencia puede suponerles la pérdida de sus propiedades o incluso de la vida.

La impotencia frente a poderes tan colosales sólo nos deja el recurso de estar preparados, organizando los medios para atenuar los efectos o, en el peor de los casos, para corregir los daños con toda diligencia. Los responsables primeros de este trabajo son: el departamento sanitario, los bomberos, la policía y las cuadrillas de ayuda. Superado el momento de crisis, aparecen los profesionales responsables de solucionar las averías. Para el personal encargado del auxilio y reconstrucción se trata de un negocio, una oportunidad laboral que en ocasiones aporta jugosos beneficios. Un constructor, aun no deseando el mal a nadie, querrá que todo haya quedado arrasado para levantar nuevos edificios, puentes, centros comerciales. Los trabajadores serán de la misma opinión, puesto que la cantidad de participantes en la tarea dependerá de la envergadura del desastre y el número de los desperfectos, a más daños más asistencia de personas y maquinaria, en resumen, mayor presupuesto a repartir. Una mala noticia para muchos sería que no hubiera deterioros tras la aventura con los elementos.

Hay otro desorden natural, el que podríamos llamar de segunda categoría o impuro, menos espectacular pero más nocivo, que afecta a cada individuo en alguna oportunidad o medida y que eventualmente acaba con todas las personas. Nos referimos, a la enfermedad.

La enfermedad se sitúa en segunda posición en la escala de los desarreglos naturales, no por la falta de malignidad, que como hemos visto es total, sino debido a que el hombre tiene la capacidad de intervenir para ocasionarla, no la enfermedad natural, que es causada por degeneraciones o alteraciones orgánicas inevitables, o por invasiones víricas o bacteriológicas, pero sí en ocasiones en que el mal tiene origen en impropias conductas humanas o en infinidad de otros asuntos, como la manipulación de los alimentos, la contaminación del agua o del aire. Otra causa de enfermedad provocada es la agresión o accidente, aunque en este caso el sujeto no estaría enfermo, sino herido. De todos modos, a efectos de salud, el motivo que ha podido causar el desorden no tiene importancia, lo que cuenta para el paciente es que sufre alteraciones que provocan el caos en su organismo, con lo que la continuidad de su existencia está en peligro.

El simple hecho de que el hombre pueda causar o propiciar alguna enfermedad, demuestra su capacidad para intervenir, de participar en el progreso del desarreglo y, por lo tanto, de buscar remedios a los males del cuerpo invirtiendo el proceso. En ese momento nace la medicina.

Sin duda alguna, la medicina es la actividad humana más importante, por cuanto que si no hubiera salud no habría nada, el ser humano moriría y sería el final de la especie. Como resultado de la necesidad de la curación de las dolencias, la sociedad moderna ha puesto a disposición del sector de la salud unos recursos de gran volumen destinados a costear la labor de las legiones de profesionales que forman el cuerpo de la sanidad. Desde médicos generales a especialistas de mil ramas, radiólogos, anestelistas, enfermeras y personal asistente que trabaja directamente en el arte de la curación. Datos extraídos del Instituto Nacional de Estadística de España dicen que, en el momento de realizar este estudio, los profesionales colegiados de la medicina de este país sumaban 213.977. Sin contar con los odontólogos, que ascendían a 25.697. El presupuesto se comparte con las monumentales instalaciones hospitalarias que las mismas fuentes de información dan un total de 760, más los cada día más sofisticados y caros equipos, el material consumible, el personal de mantenimiento y las empresas de suministros.

No podemos olvidar el remedio final que son las medicinas. La porción de los recursos que se gasta en medicamentos es asombrosa. Como ejemplo tenemos que en la última “pandemia” la llamada “gripe A”, los laboratorios internacionales tuvieron unos beneficios de 5.000 millones de euros. Los medicamentos son desarrollados en laboratorios de investigación especializados que necesitan ingentes cantidades de dinero para diseñar fármacos cada día

más complejos, que serán dispensados por una creciente red de farmacias situadas en lujosos establecimientos. Total, millones de personas dedican su esfuerzo a contrarrestar los efectos malignos de la enfermedad, a neutralizar el desorden natural de segunda categoría. Tendremos que considerar en su momento el impacto de esta actividad en la economía de un país.

Hacer frente a este cúmulo de acontecimientos adversos con éxito es una hazaña que nos ha colocado en la cúspide de los seres vivos. Pero, la cruzada por dominar el enorme poder de los fenómenos naturales a que estamos expuestos está lejos de terminar. Las nuevas conquistas siempre revelan insospechados desafíos.

### **III. EL DESORDEN PROVOCADO**

El comercio nunca ha sido justo ni lo será, porque la libre manipulación del valor de la mercancía es lo que estimula al negociante para embarcarse en arriesgadas empresas que, a la postre, mejoran el nivel de vida de la sociedad. Es un hecho que las turbulencias en los mercados generan riqueza. No hay peor cosa para los negocios que el control, la corrección y la estabilidad. Las irregularidades en la economía, no el caos, benefician al progreso económico. La demostración es aplastante si se comparan las comodidades que rodean a los habitantes de los países desarrollados, con la escasez que sufrían ellos mismos antes de las tácticas comerciales contemporáneas.

Lo difícil es iniciar el ascenso hacia la prosperidad, conseguir una economía pujante, saber articular la contestación a la difícil pregunta sobre qué es la riqueza.

Hasta hace poco tiempo, el nivel económico de un país se determinaba por el patrón oro, cuanto más metal amarillo más poder. En la actualidad, en un mundo súper industrializado, los especialistas en economía olvidan una medida tan elemental y responden: “La riqueza es la capacidad de producir”. Otro factor que se considera en los tiempos más recientes como exponente de riqueza es la cultura de los ciudadanos, el llamado: “Capital intelectual”. Este segundo factor resulta sumamente interesante, ya que de él se desprende que en el mundo de la tecnología la mayor riqueza es generada por quien está mejor preparado.

Según esto, nos vemos obligados a concluir que el bienestar del futuro tiene sus raíces en el cultivo de los cerebros del presente. En lo que se refiere a la capacidad de producir como primer patrón para medir la riqueza, es evidente que no se refiere al hecho concreto de fabricar un producto en la industria, sino que se cumplan las expectativas económicas indicadas por el cálculo estocástico, obra de Vasicek del que Vilariño nos dice: “El cálculo estocástico reemplazó al álgebra, al cálculo y a los modelos estadísticos sencillos de Markowitz, Sharpe y Miller de los años cincuenta”<sup>1</sup>. Cálculo que depende de que la conjetura se cumpla y el consumo responda a la oferta de la producción en una dinámica constante, puesto que de nada serviría producir si nadie comprara las mercancías, extremo que llevaría de las empresas a la ruina en poco tiempo. Probablemente la respuesta más ajustada a la realidad financiera sería:

*La riqueza es el equilibrio dinámico entre la capacidad de producir, el consumo y la amortización.*

Vamos a llamar al giro de estos tres elementos de la economía “El triángulo del oro”. Pues bien, igual que las cosas buenas no suceden sin más, tampoco este triángulo gira espontáneamente, es preciso que uno de los miembros decida el arranque y la parada, nos referimos al consumo, el ser abstracto que todo lo puede, el que no tiene cuerpo pero sí alma, la que le concede la reacción aglutinada de los ciudadanos. Sin la participación multitudinaria en el juego de comprar, la pobreza ennegrece el panorama económico. Por lo tanto, para que el sistema económico funcione es preciso ordenar las voluntades de los individuos para que se inicie la metamorfosis que acabará transformándolos en consumidores. Schumpeter no tiene reparos en afirmar: “Los medios de producción y el proceso productivo no poseen un jefe real o, mejor dicho, su verdadero jefe es el consumidor”<sup>2</sup>.

El protagonista de que hablamos es el hombre, ser complejo pensante, cuya inteligencia le impide obedecer ciegamente las sugerencias, su conducta es decidida por la razón, es decir, que antes de actuar sigue el proceso de percepción, análisis, razonamiento y respuesta. Esta disposición es común para todos los seres humanos, lo que no significa que el mecanismo dé siempre el mismo resultado, justamente al contrario, cada sujeto posee una estructura mental singular que define su personalidad única, características desfavorables de la materia que da cuerpo al movimiento intangible del consumo. Es necesario desnaturalizar,

---

<sup>1</sup> VILARIÑO SANZ, Á., *Revista de Economía Crítica*, nº 11 (2011) 101.

<sup>2</sup> SCHUMPETER, J. A., *Teoría del Desarrollo Económico*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1978, t. I, p. 34.

“elementalizar” la masa generadora de riqueza, conseguir desordenar sus ideas para que se sus miembros se sientan permanentemente a disgusto con lo que poseen, que desprecien lo que sus sentidos o lógica les pueda indicar y todos los componentes reaccionen al unísono siguiendo los dictados de las promociones. El perfecto consumidor se ha de complacer formando parte de la masa insensible, debe estar dispuesto a obedecer las sugerencias programadas y convertirse en ciego y sordo a las indicaciones de su propia razón selectiva. Sobre este asunto André Orléan puntualiza: “La miopía es una construcción social, no es un fenómeno de irracionalidad individual”<sup>3</sup>, lo que deja al descubierto que la masa consumidora es el fruto de una labor permanente de adoctrinamiento, de manipulación, de pastoreo, para que la razón no irrumpa en la escena comercial haciendo saltar por los aires el “triángulo del oro”.

El paraíso mercantil ha surgido finalmente como de la nada, comprar se ha convertido en una diversión, un juego, un placer.

#### IV. ANÁLISIS

El hecho admite diversas interpretaciones. Podemos levantar nuestras voces airadamente para protestar por la manipulación de los puntos débiles del ser humano, para condenar la utilización de los instintos primarios con el fin de alcanzar las metas comerciales. Nuestras quejas podrían denunciar que esos medios degradan la dignidad del hombre y le arrebatan la libertad, esclavizándolo económicamente con deudas que a veces duran toda su vida.

La segunda consideración es causada por el innegable bienestar que se ha ido extendiendo por la casi totalidad de la población de los países desarrollados. En un siglo se ha pasado de sufrir limitaciones económicas generalizadas, a una sociedad en que la pobreza afecta a determinados sectores de marginados.

Schopenhauer nos aporta la tercera consideración: “todo goce no es más que la satisfacción de una necesidad”<sup>4</sup>. Este comentario es la clave para entender por qué los productores de bienes de consumo, y creadores de necesidades, cierran un artificioso círculo que les convierte en fabricantes de goce y placer para las masas de consumidores en el momento en que satisfacen las apetencias por ellos generadas. En el colmo de su gloriosa labor, aparecen ante la extasiada colectividad

---

<sup>3</sup> ORLEAN, A., *Le Pouvoir de la Finance*, p. 155. Cit. VILARIÑO SANZ, A., *Turbulencias Financieras y Riesgos de Mercado*, Ed. Pearson Educación, Madrid 2001, p. 55.

<sup>4</sup> SCHOPENHAUER, *Arte del buen vivir*, Ed. Edaf, Madrid 1965, t. VI, p. 257.

deslumbrándola tal que magos bienhechores de las necesidades sociales. Voltaire insiste en la misma idea: cuando dice que no hay verdaderos placeres sino con verdaderas necesidades.

Este giro incesante del provocar y satisfacer necesidades se denomina: “La sociedad del bienestar”. Aunque el nombre más adecuado sería: “La sociedad de la placentera necesidad”, la que se alimenta de la complicidad inconsciente con la capacidad de producir. Con todo, no hay que olvidar que si el consumo se interrumpiera, los mejores proyectos irían a la ruina. No puede ser de otra forma, ya lo dice Schumpeter: “... el talento en la vida económica cabalga hacia el éxito sobre el corcel de sus deudas”<sup>5</sup>.

Sin embargo, el sistemático proceso de trabajo e investigación que se ha mantenido durante toda la historia ha producido unos resultados absolutamente positivos, si no fuera porque, en los últimos tiempos, los frutos de tanto denuedo con frecuencia nos llegan acompañados de consecuencias negativas, efectos nocivos que en muchos casos cuestionan la conveniencia de dar la bienvenida a espectaculares innovaciones.

No por esa razón debe plantearse la absurda posibilidad de bloquear el progreso, la investigación debe continuar con reforzadas energías, pero sobre una base saneada que resulte del estudio de los motivos por los que los avances o las estrategias no siempre se traducen en felicidad para el ciudadano. Es precisa una reflexión que responda a la pregunta de por qué la “Sociedad del bienestar”, la de consumo, avanza acompañada por la violencia, la crispación, la envidia, el crimen, el odio, el desprecio, la indiferencia, la rivalidad... la infelicidad y la amargura, detestables estados de ánimo rodeados y adornados por los mejores medios que la humanidad de todos los tiempos haya podido soñar.

Esta inquietante observación reclamó un minucioso análisis que terminó desembocando en un sorprendente resultado: la causa del fracaso en disfrutar una vida placentera impulsada por los progresos técnicos reside en que el hombre no ha evolucionado en sus planteamientos prehistóricos de supervivencia, en que los principios que le han conducido al nivel de comodidad de que disfruta en los tiempos presentes, siguen siendo los mismos que utilizaron nuestros ancestros más lejanos, nos referimos a la lucha egoísta, frenética y despiadada por alcanzar las metas. Vivimos bajo un régimen al que Soros se refiere como: “La sociedad

---

<sup>5</sup> SCHUMPETER, J. A., *Teoría del desenvolvimiento económico*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1978, II / I, p. 80.

transaccional en la que la conveniencia domina”<sup>6</sup>, es decir, una confluencia de individuos materialistas, insensibles y despiadados entre sí.

Un estudio detenido de las labores humanas ha confirmado que las actividades lucrativas tienen con frecuencia el cometido de atender necesidades o reparar daños creados, que los sectores más significativos de la producción o de servicios deben su existencia a circunstancias negativas, a desórdenes, que pueden ser naturales, pero también provocados o programados, de tal modo, que si algunos gremios relevantes se descartaran, la economía en general sufriría una caída tan violenta que regresaría a los niveles básicos.

La conclusión es que el enfrentamiento que el ser humano ha mantenido con la adversidad ha sido tan prolongado, que el desorden ha terminado implantándose en sus esquemas mentales como un rasgo natural propio, un elemento imprescindible para alimentar la máquina del progreso. “El desorden genera riqueza”. Esta máxima es tan cierta como difícil de admitir, considerando que el empeño aparente de la humanidad ha sido siempre dominar a la naturaleza, imponer su voluntad sobre el caos del planeta.

No podemos admitir que los medios disponibles en el presente, tan superiores a los que dieron origen a esta antigua estrategia, no sean utilizados como punto de giro para construir un nuevo mundo, uno que no esté basado en la práctica peligrosa de la manipulación, en el arriesgado agujijoneo de los más bajos instintos humanos, en dañar a quien se supone que se ha de beneficiar.

No es el momento para discutir o censurar unos resultados que en sí mismos son excelentes, sino de hacer una nueva exhibición de creatividad desarrollando nuevas tácticas que podrían evitar unos acontecimientos económicos y sociales tan graves como los que estamos viviendo en los últimos tiempos, que respondieran, por el contrario, a la necesidad de encaminar a la humanidad a un brillante porvenir, digno del ser superior que pretendemos encarnar. Los principales escollos a este reto son la falta de sensibilidad al problema, la incapacidad de concebir una vida diferente o el zafarse a la evidencia por interés en mantener una política continuista.

Aunque la resistencia a sustituir un sistema económico que se ha practicado con éxito durante miles de años es razonable, no por ese motivo debemos

---

<sup>6</sup> SOROS, G., *La crisis del capitalismo global*, cap. 4, La flexibilidad histórica. Principios fundamentales, Ed. Debate, Madrid 1998, p. 110.



olvidar la necesidad cada día más apremiante del cambio. El principal argumento contra el inmovilismo cobra su fuerza en el asombroso contraste entre la economía rural que dominaba la antigüedad, y la hegemonía absoluta de las sofisticadas tecnologías presentes. La radical diferencia del mundo en que vivimos demanda soluciones de extraordinaria novedad si queremos evitar que nuestro destino, paradójicamente, sea el caos del que siempre hemos huido.

